

Cultura

## Del privilegio de dar...

**Yolanda Zamora**

Hacia los últimos días del año, en medio de la mercadotecnia decembrina, de los mensajes consumistas y de la compulsión por comprar, se ponen de moda dos palabras que, de tanto usarse a la ligera, han perdido su más profunda significación y han quedado, utilizando la expresión del filósofo español José Ortega y Gasset, como “cascarones vacíos”.

Estas dos palabras son “*Amor*” y “*Dar*”.

Curiosamente, ambos conceptos están íntimamente relacionados, al grado de no poderse separar, porque “quien da, ama”; y “quien ama, da”. No puede ser de otra manera.

Este binomio, amar y dar es de tal forma perfecta, que incluso los verbos llevados a su máxima expresión, se convierten en sinónimos. Así, al hablar de amor pleno, se está hablando de la gratuidad perfecta en el dar; es decir, el dar que genera vida y creación.

Cuando intento entender el concepto de Dios desde la búsqueda racional (con las enormes limitaciones humanas que ello implica), experimento la sensación de que la razón se me ‘enmaraña’ irremisiblemente; es como si le diese vueltas a un gigantesco algodón de azúcar que crece y crece, pero sin sustancia. Entonces opto por derrotarme, y aceptar que nada puedo yo decir de Dios... y sin embargo, Lo necesito.

Entonces acude a rescatarme de mi maraña intelectual la idea de Dios como: “Amor absoluto y perfecto” para mí, la mejor definición.

Dios es el dar perfecto, la gratuidad absoluta.

Desgraciadamente, por diversas razones, hemos asimilado una serie de conceptos muy distorsionados sobre el dar y el recibir, y hemos acuñado, en consecuencia, frases que niegan la esencia misma del amor. ¿Quién no ha escuchado alguna vez sentencias como éstas, una y otra vez repetidas?: “*Cuando das, todo se te regresa tarde o temprano...*”, “*Si das al prójimo, la vida te da más... te regresa ciento por uno...*”, “*Me gusta dar porque luego Dios te lo paga...*”.

¡Cómo si la vida fuese un trueque! Son frases aprendidas y repetidas con inconsciencia, con cierta ingenuidad y repetidas con ligereza. Frases que, sin embargo, habría que considerar dos veces, porque niegan el verdadero privilegio del dar.

Porque dar no es, de ninguna manera, privación, ni sacrificio, ni renuncia, ni abnegación...todo lo contrario. Dar significa riqueza, abundancia, posibilidad de alegría, donación en tanto que reafirmación de la vida. Nunca el dar será sacrificio ni mucho menos abnegación de la vida.

Porque sólo se puede dar desde la plenitud del ser. Aún la persona más humilde y desposeída del planeta puede dar, aunque sólo sea su compañía o una sonrisa de comprensión, y al hacerlo, ésta persona humilde y desposeída se convierte en un ser pleno, autoafirmado, generoso, feliz...

Ahora bien, es importante resaltar el hecho de que el acto del dar y el del recibir son uno mismo. Al dar recibo, y al recibir doy. ¿Qué es lo que doy al recibir? Doy al otro la posibilidad de dar. ¿Qué es lo que recibo al dar? Recibo del otro la potencia de dar.

Cuenta la historia que hubo hace mucho tiempo, allá en la antigüedad, un reino amurallado, junto a las arenas del desierto. Día a día salían las caravanas para internarse en aquel mar de arena, y salían por ambas puertas de la ciudad. En la puerta del norte estaba un mendigo extendiendo la mano a todos los viajeros que salían. Algunos le daban y otros no... y el mendigo agradecía y la iba pasando. En la puerta sur, estaba un poderoso monarca, rodeado de cofres y tesoros, y al salir la caravana, tomaba a puños el oro y la riqueza y los ofrecía al viajero. Ninguno aceptaba; quien conoce el desierto sabe que se puede entrar en él con carga innecesaria, con apegos y fardos, sino con lo indispensable. Y el monarca, ante el rechazo de su ofrecimiento, volvía a guardar su riqueza, triste y frustrado.

¿Cuál persona sufriría más, el mendigo o el monarca?

Por supuesto es sólo una anécdota, difícil de aceptar en los tiempos actuales en los que el oro, el poder y el dinero vale más que la vida. Pero lo que la anécdota pretende poner sobre el mantel, es la necesidad del ser humano de dar. No como un sacrificio, ni como una renuncia, sino como parte sustantiva de su “estar en el mundo”.

¿Qué haría el sol si no tuviese seres vivos a los que alumbrar, a los que calentar? ¿De qué le serviría todo su poder? ¿De qué le sirve a un maestro prepararse, si no puede dar sus conocimientos? ¿De qué le sirve a una madre parir, si no es capaz de dar leche y miel al hijo? ¿De qué le sirve a un escritor su talento si nadie lo lee?

El sentido de la vida está en el dar, no sólo para cumplir con un precepto moral, sino para realizarme como ser humano.

Subrayo pues, que el dar y el recibir conforman un solo acto, y este acto es constitutivamente humano y completo en sí mismo.

Por ello resulta tan absurdo aquello de que “...la vida te lo regresará con creces”. En la posibilidad misma de amar, es decir, de dar, se completa todo el círculo: dador-aceptante-dador-aceptante... infinitamente. No dudo que la vida generosa conlleve grandes satisfacciones, pero no es esto el fin, no es la recompensa la razón del dar, sino la fruición del dar en sí mismo.

¿Puede haber algo más maravilloso que amar? ¿Puede haber algo más maravilloso que dar? Y, en contraste: ¿Puede haber algo más triste que un ser impotente, incapaz de dar, incapaz de amar?

Es por ello que al dar, nuestro corazón debe estar humildemente agradecido, por la oportunidad que nos concede aquél que acepta recibir algo de nuestra parte. Nos honra, recibiendo.

Insisto en el placer y el agradecimiento que contiene el dar, en contraste con aquello de considerarnos “buenecitos” o de esperar que Dios (¡válgame!) nos compense, ¿de qué? ¿es que la madre necesita que se le compense su amor al hijo? Con Dios no se negocia, estas negociaciones son herencia del mundo mercantil que privilegia al más astuto para negociar, para sacar mejor partido de la transacción.

Es innegable, y esto es un hecho, que cada acto humano tiene una consecuencia, y que nuestro actuar humano libremente elegido, nos va modelando, nos va definiendo día a día, siempre en relación con nuestras acciones. Así, quien ama, será sin duda cada día mejor amante (utilizo intencionalmente la forma del participio activo del verbo); quien hace el mal, será cada día mejor maleante; quien ejercita la buena voluntad, es cada vez más benevolente; y así, nos vamos construyendo día a día, en el camino de lo humano.

Y es humano esperar con fe, claro, las consecuencias de nuestro bien actuar, pero la recompensa no puede ni debe ser el objetivo de nuestras acciones. El acto de la voluntad de dar se llena de sí mismo, y no espera una compensación posterior que viene de afuera. El dar lleva implícita la satisfacción del saberse dador, y abre el camino para modelarnos en el marco de nuestro libre albedrío, orientando nuestro actuar al bien del prójimo, con humildad.

Quiero concluir este artículo citando la obra “*De profundis*” de Oscar Wilde, un escritor cuya juventud licenciosa, superficial y provocadora, le condujo en consecuencia, a una situación ignominiosa y llena de dolor. La primera parte de esta obra –escrita mientras él cumple una condena en la cárcel- es sórdida, amarga y llena de reproches. Sin embargo, en un momento dado, Wilde le encuentra sentido a su sufrimiento, se topa frente a frente con Jesús y lo recibe profundamente, lo cual le lleva a escribir unas páginas espléndidas, ensayando su interpretación muy peculiar del Nazareno. Al respecto escribe en una parte de su texto: “Haber llegado a ser un hombre más profundo, es el privilegio de los que han sufrido, quizá valga la pena por ello ir a la cárcel”.

Y Wilde, en su propia y personal interpretación de Cristo, habla del sentido del dar, citando el pasaje del joven que pretende seguir a Jesús, y el Maestro le dice: “Vende todo lo que posees, y dáselo a los pobres”. (Mc 10,17-30)

Wilde en su interpretación, no pone el acento en los pobres, ni en el sentido asistencial del acto de dar, sin en el alma misma del joven. Cito a Wilde: “...no es en el estado de los pobres en lo que está pensando, sino en el alma del joven, el alma que la riqueza estaba destruyendo”.

El dar, el despojarse de todo, el desapegarse de las riquezas... habría transformado al joven aquel, porque se habría donado a sí mismo, plenamente. No obstante, dice el evangelio que el joven, abatido por estas palabras, “se fue entristecido, porque tenía muchos bienes”.

Finalmente, el privilegio del dar abarca diversos aspectos: materiales, intelectuales, afectivos... pero sin duda, el dar en plenitud tiene que ver con la última aspiración del amor, que es “la donación de sí mismo”.

¿Estamos preparados para dar, para darnos, para donarnos, a invertir la propia vida en el bien común?

Sólo cada uno de nosotros, tiene la respuesta.